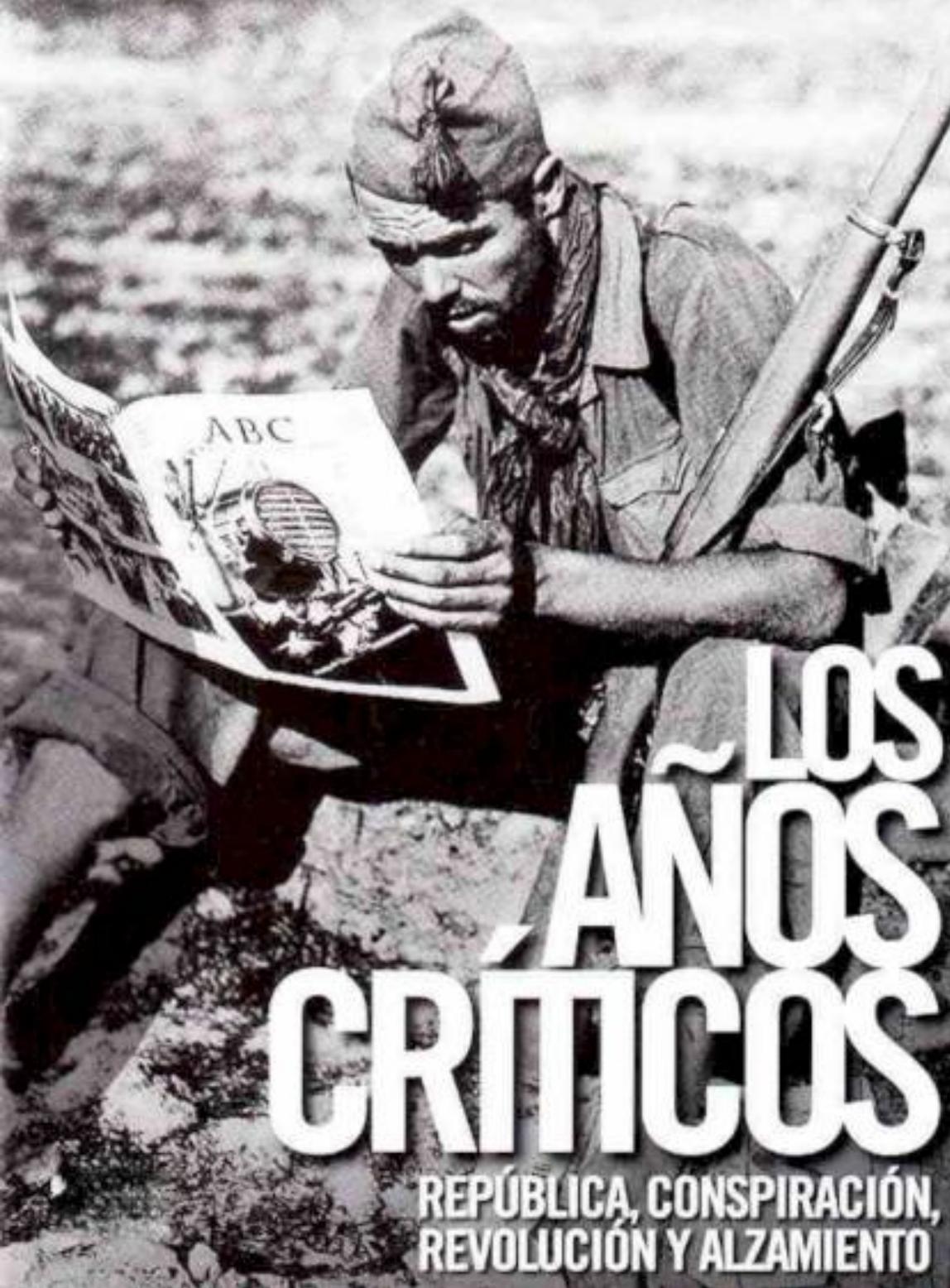


JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ BANDE
Prólogo de PÍO MOA



LOS AÑOS CRÍTICOS

REPÚBLICA, CONSPIRACIÓN,
REVOLUCIÓN Y ALZAMIENTO

Los años críticos describe con la magistral prosa de Martínez Bande los acontecimientos sucedidos en España desde la proclamación de la II República hasta los días posteriores al alzamiento del 18 de julio de 1936, y revela elementos inéditos de tan dramática época. Libro póstumo de un autor fundamental para conocer con objetividad unos años convulsos y decisivos de la historia española.

Puedes ver que en todas las cosas de la vida sucede lo que en una gran muchedumbre, cuando la gente se atropella y nadie cae sin hacer caer a otro, y los primeros son la perdición de los siguientes.

LUCIO ANNEO SÉNECA (*De Vita Beata*)

Crecen con la discordia las cosas pequeñas, y sin ella caen las mayores. Resisten unidas a cualquier fuerza las que divididas son flacas e inútiles. ¿Quién podrá, juntas las cerdas, arrancar la cola de un caballo o romper un manojo de saetas?

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO (*Empresas políticas*)

Si hablásemos con toda propiedad no concederíamos la alta prerrogativa de héroe a quien habitualmente padezca un grave defecto moral.

PADRE JERÓNIMO FEIJOO (*Teatro Crítico*)

PRESENTACIÓN

José Manuel Martínez Bande (1907-2001), era mi padre. Hombre muy culto y afable, apasionado por el arte y la literatura, estudió Derecho pero nunca lo ejerció. Colaboró durante años con prensa y radio, escribiendo, entre otros, numerosos artículos de opinión en la «tercera» de ABC. Sin embargo, su obra más importante fue el trabajo de investigación y divulgación de la historia de la guerra civil española de 1936 a 1939.

Desde su trabajo en el Servicio Histórico Militar (hoy Instituto de Historia y de Cultura Militar), mi padre realiza un esfuerzo de búsqueda de la verdad histórica entre la ingente documentación de ambos bandos depositada allí y en otros archivos: información original en forma de periódicos, revistas, fotografías, partes de guerra, discursos, mensajes cifrados, etc. Este trabajo, realizado con calma y rigor, se concreta en 18 monografías en las que se analizan, una por una, las grandes operaciones y batallas de la contienda. Incluso hoy, son referencia indiscutible para los estudios históricos de la época.

En los años sesenta toma cuerpo una corriente que pretende reescribir la historia de la II República y la guerra civil. Son los años de la guerra fría y esta tendencia se sitúa dentro de un contexto más amplio de cambio cultural y político. Surgen en esta época numerosos libros dirigidos al público en general –muchos escritos por extranjeros, y por tanto con aureolas de rigor y desapasionamiento–, que ofrecen un monopolio de interpretación del origen y desarrollo de la guerra. En este momento mi padre, más convencido que nunca de que es necesario ofrecer un estudio de la historia desde el más profundo respeto a la verdad de los hechos, inicia la publicación de obras orientadas a un público más amplio. Resultan asimismo trabajos de profunda solidez histórica, escritos en una prosa vibrante y ágil, que rápidamente captan el interés del lector. Son *Las Brigadas Internacionales*, *Frente de Madrid*, *Los cien últimos días de la República* y *Por qué fuimos vencidos*, que pronto desaparecen de las librerías de los años setenta y ochenta.

El último de sus libros es este que nos ocupa, y siente por él una pasión especial. A lo largo de sus páginas estudia pormenorizadamente el aspecto que hoy es el núcleo de la nueva revisión histórica: la II República, la revolución que se gesta dentro de ésta, la conspiración militar para terminar con la revolución y en consecuencia el inicio de la guerra civil. Con esta obra pone broche de oro al que ocuparía cronológicamente el primer puesto en la lista de sus monografías.

Este libro sufre muy diversas vicisitudes. A partir de diversos borradores iniciales, encarga una transcripción electrónica del texto. Intenta su publicación y no lo consigue. Está casi resignado a que su trabajo permanezca para siempre olvidado, pero no pierde del todo la esperanza. Como hombre ordenado que era, guarda una copia digital con el texto de la obra y dos ejemplares encuadernados con correcciones a mano, que son el punto de partida

de este libro. Son necesarios algunos cambios cosméticos, pero se aprecian todavía algunos errores en la transcripción del texto. Unos son fáciles de corregir, otros más difíciles. Para la revisión se han utilizado algunos borradores previos, que han resuelto algunas lagunas en la numeración de los pies de página. A pesar del ingente trabajo realizado para eliminar erratas y unificar criterios ortográficos, es posible que permanezcan algunos fallos. Pedimos al lector comprensión por ellos aunque estimamos que no ensombrecerán la magnífica obra que se dispone a leer.

Un apunte necesario antes de terminar. Desde el inicio de la redacción de este texto hasta su publicación han pasado más de veinte años, y en este tiempo han surgido estudiosos que han desarrollado su trabajo sobre fuentes documentales inaccesibles entonces. Sin embargo, estos trabajos no han hecho sino confirmar desde nuevos puntos de vista la misma realidad que describe esta obra.

Agradezco, amigo lector, su interés por el presente libro que espero y deseo no le defraude y que contribuya a incrementar el conocimiento de la Historia de España, en ocasiones tan convulsa desgraciadamente.

Pilar Martínez Sánchez

PRÓLOGO

Acerca de nuestra guerra civil se ha escrito un impresionante cúmulo de libros y trabajos diversos, pero también resulta abrumadora la cantidad de errores y ganga ideológica en esa bibliografía. Coincido con Ricardo de la Cierva en que las monografías de Martínez Bande sobre las distintas fases de la guerra civil son indispensables para conocer lo que fue aquella contienda; en realidad son de las pocas obras realmente imprescindibles al efecto. El autor demuestra siempre una puntillosa exactitud de buen militar, sin ceder a fantasías, ni siquiera a interpretaciones a veces razonables, pero no claramente documentadas. Sus cualidades, no tan frecuentes como debieran serlo entre los estudiosos, son la precisión, la claridad y la lógica, ante las cuales caen por tierra edificios explicativos en apariencia ingentes, pero sostenidos sobre los cimientos arenosos de la propaganda. Caen por tierra, claro está, para quienes se molesten en leer y contrastar unos estudios y otros, cosa no siempre al alcance de la mayoría, sobre todo de los jóvenes, que reciben una información delezna-

ble en tantos departamentos de historia contemporánea. En esos departamentos, autores como Martínez Bande, los hermanos Salas Larrazábal o Burnett Bolloten prácticamente «no existen», mientras campan a sus anchas otros indiscutiblemente inferiores. Ello se debe a un silenciamiento intencionado, que niega la vocación intelectual de la universidad y desacredita a ésta. Para rematar la faena, el Ministerio de Defensa, que venía publicando las monografías de Martínez Bande, ha dejado de hacerlo, sin duda por motivos ideológicos que se remontan, ojo, a la etapa del PP. De tal manera aspiran unos a falsear la historia y otros a olvidarla, como si nuestro presente viniera de la nada.

Martínez Bande se cuenta entre los excelentes historia-dores militares, como los mencionados hermanos Ramón y Jesús Salas Larrazábal, Gárate, Casas de la Vega, Alonso Baquer y otros, que tanto han contribuido a poner las cosas en su sitio y en sus justas proporciones. Sustituida la búsqueda de la verdad por campañas de propaganda ideológica y por enfoques de un marxismo desvaído, pero evidente, el estudio de la guerra civil, de la República y de otros muchos aspectos de nuestra historia venía dando grandes pasos atrás en los últimos años. Ha sido una historia al estilo de Lisenko, el seudocientífico soviético que estableció una biología basada en el materialismo dialéctico. Pero como la historia no es un mero adorno, los efectos resultan nefastos para la convivencia ciudadana, pues el falseamiento del pasado envenena el presente. Lo percibimos con claridad en el secesionismo en las Vascongadas, el nacionalismo rencoroso en Cataluña, o en la actual campaña por (realmente contra) la «memoria histórica», intento de recuperar a la desesperada las viejas propagandas. Son campañas sumamente agresivas que a menudo han logrado paralizar –cada vez menos, por fortuna– una respuesta adecuada, como hace años las acusaciones de

«fascismo» paralizaban a sectores políticos y populares moderados.

En este trabajo, Martínez Bande aborda en forma descriptiva y minuciosa, con su cuidado habitual, la narración del proceso que llevó al enfrentamiento de las «dos Españas». Unas Españas irreconciliables creadas por los fanatismos utópicos de los movimientos extremistas de izquierda a partir de la quiebra moral del 98, que se manifestaron en plenitud durante la República. El autor explica perfectamente ese proceso desde el 14 de abril a la conspiración militar y la situación creada tras la primera fase del alzamiento. Expone la incapacidad de una derecha no democrática, pero sí moderada y legalista, para impedir el proceso, hasta verse empujada a una sublevación a vida o muerte. Es exactamente lo contrario de lo que se nos ha contado durante largos años por la historiografía dominante, pero es también la verdad. A menos, claro está, que las quemas de iglesias, bibliotecas y centros de enseñanza, los continuos atentados y asesinatos, las insurrecciones anarquistas, el asalto a la República por las izquierdas en 1934, la alianza de republicanos y revolucionarios en el Frente Popular y la subsiguiente oleada de crímenes, incendios y despojos, los juzguemos como pecados menores o expresiones de «alegría republicana», o «alegría democrática», como de dicho o de hecho ha venido a presentarlo una historiografía tipo Lisenko hoy afortunadamente en declive.

No conocí al autor, pero a raíz de la publicación de *Los orígenes de la guerra civil*, me envió una nota en que decía: «Es lo mejor que he leído sobre este asunto, por no decir lo único bueno». Me alegró, porque para mí sus obras, como las de los hermanos Salas Larrazábal, fueron, hace años, un foco de luz sobre estos temas, ya que tuve la oportunidad, por desgracia poco frecuente hoy día, de contrastarlos con las ruedas de molino que antes me había tragado con lamentable falta de espíritu crítico. Martí-

nez Bande murió poco después, en 2001, y supongo que también a él le alegró la salida de mi libro, pues por entonces los *lisenkos* arrollaban, ante la actitud timorata, cuando no colaboradora, de políticos de derecha ignorantes, o conocedores de los hechos pero incapaces de defender la verdad.

Pío Moa

I. LA REPÚBLICA

1. EL PROBLEMA

Un paisaje confuso

... y de repente todo cambió. El 14 de abril de 1931 se proclamaba la República española: en las primeras horas en Éibar y en Vigo; a la tarde en Madrid y Barcelona. Y aquella noche Alfonso XIII dejaba España, mientras grandes masas cubrían las calles de importantes ciudades proclamando el nuevo régimen, en un delirio de difícil valoración.

Parte de los españoles, gran parte, creía en el futuro de la República, que traería, sin duda, la resolución de tantos problemas que aquejaban al país desde años y años; quizá desde siglos. Pero las creencias corrían aquí todos los escalones que van desde la esperanza al escepticismo e incluso la negación.

Ilusionadas esperanzas en los vencedores. Manuel Azaña escribiría: «Una alegría inmensa desbordante inundó el país^[1]»; y Salvador de Madariaga: «España, en aquellos primeros días esplendorosos de la República, estaba rebosante de alegría, una alegría espontánea, como la de naturaleza en primavera^[2]».

Esperanzas relativas en algunos hombres que habían estado, más o menos, con la Monarquía. El hijo del gene-

ral Primo de Rivera, José Antonio, hablaría luego de «la alegría del 14 de abril», que sintieron millares de españoles «al imaginarse el principio de una nueva ruta^[3]». Y el general Francisco Franco llegaría a afirmar que había que reconocer «la ilusión con que grandes sectores de la nación española recibieron a la República que nadie esperaba^[4]».

Se arrinconaban, en cambio, temerosos, quienes sentían que España sin la Monarquía no podría vivir. Sentían, sí, pues iban más allá de toda reflexión, pasionalmente. Decían apoyarse en la Historia, y exponían las experiencias de ésta; pero otros afirmaban, contrariamente, que precisamente esa Historia es la que había probado que la vida española, al llegar el siglo XIX, aquel marcado por la muerte del viejo régimen ilustrado, se había situado en un callejón sin salida, en un tiempo perdido, incapaz de conseguir el desarrollo del mundo occidental.

El extraño pueblo español

España aparecía, en efecto, en 1931 como un país de escaso desarrollo, imagen arcaica en sus pueblos y en sus hombres, elevado índice de analfabetismo, servicios pobres, tasa alta de emigración, agricultura primitiva, balbuente industria, comercio modesto y servicios escasos.

La geografía áspera, acompañada de un clima generalmente duro, daba a los más de los españoles un precipitado singular, que hacía problemáticas las formas de convivencia, de ideales comunes, de esfuerzo continuado. Era normal aquí oscilar entre lo súbito y lo apático, hasta llegar en los peores momentos a un fatalismo abúlico.

Y sin embargo España había tenido en su pasado años espléndidos y positivos, para sí y para los demás, prestando a la humanidad servicios difíciles de medir y que no eran hijos de la casualidad.

Por mucho que luego quisiera ignorarse, y aún maldecirse –«leyenda negra»– era indiscutible que el mundo nos debía dianas perfectas. Imposible comprender la cultura occidental sin la aportación española, aceptar la actual idea de Europa ignorando que los españoles la defendieron en más de una ocasión con las armas en la mano, y olvidar que incorporaron a la Historia Universal multitud de razas, a las que se proclamaba, cristianamente, que formaban parte de la unidad del género humano, cruzándose con ellas.

Una innata capacidad de entusiasmo y acción, y unas ideas claras y ciertas, habían sido bien gobernadas: sencillamente.

La sociedad estancada

La Restauración de 1874 supuso un cierto respiro, pero la paz conseguida entonces no fue capaz de recuperar el terreno perdido.

Existía, además, un evidente divorcio entre lo que acabaría llamándose la «España real» y la «España oficial», representada esta última por la maquinaria política, es decir por los partidos, grupos de presión y estamentos desarrollados. Fuera quedaban, al margen, las verdaderas necesidades y los que las sufrían, gentes estas de varia condición social, que conocían por experiencia que su vida tenían que resolvérsela por sí mismos; a veces a través de las más despiadadas luchas por la existencia.

Una decadencia al parecer inevitable había ido creciendo a lo largo de los años hasta estallar en forma acusada en el siglo XIX, precisamente cuando el mundo occidental experimentaba su gran transformación. Algo, o alguien, había fallado aquí, y en tal sentido venían las acusaciones. «El formidable empuje industrial del siglo XIX – apuntó José María Gil Robles– no encontró en España una

burguesía suficientemente pertrechada para la creación y desenvolvimiento de las nuevas fuentes de riqueza». Y también: «Con excepciones tan raras como honrosas, nuestro capitalismo adoptó una actitud rígidamente hermética^[5]». Bien podía decirse, con Manuel Azaña, que en España «la industria, la banca y, en general, la riqueza mobiliaria resultante del espíritu de empresa, se desarrollaron poco^[6]».

Pero la sociedad estancada no dejaba por eso de vibrar internamente, buscando un despertar. Buena parte de la marginada España real se daba cuenta de que nada tenía que ver con el Poder que la regía, rechazándole y situándose por eso fuera de él, es decir, más allá del Estado.

La tentación revolucionaria

Colocarse fuera del Estado llevaba a la tentación de cambiarlo, mas como tal Estado era poderoso se llegaba a la conclusión de que para destruirlo sería preciso emplear, más o menos radicalmente, la fuerza.

Dos caminos se presentaban aquí.

Tras la etapa revuelta de 1868 y la primera República se formarían grupos de ácratas violentos que, a través de las prédicas de Fermín Salvoechea y Anselmo Lorenzo, fraguarían en las primeras organizaciones anarquistas: algo muy atractivo para el desposeído español, que soñaba con un paraíso absoluto, de realización inmediata, donde, salvando todas las barreras, el Estado sería sustituido por Comunas libres e independientes.

Una cierta evolución moderada suponía el nacimiento de la Federación de Solidaridad Obrera (año 1907) y, sobre todo, de la CNT o Confederación Nacional del Trabajo (año 1910), organización sindical. La idea anarquista no moría, sin embargo, y en 1927 aparecía la FAI o Federación Anarquista Ibérica, luego hermanada y aún super-